

**FUNERAL DEL P. ALCUÍ SERRAS**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**2 de enero de 2009**  
**Sab 3, 1-9; Sal 114; 1Cor 20-28; Jn 5, 24-29**

*Igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida. Estas palabras del evangelio que acaba de ser proclamado nos permiten, hermanos y hermanas amados, vivir la muerte del P. Alcuí profundizando al mismo tiempo el Misterio de Navidad que estamos celebrando estos días. Porque, al nacer como hombre, el Hijo de Dios participa de nuestra debilidad y de nuestra mortalidad a fin de que podamos participar de su gloria. Ya lo había anunciado, con el velo de la Primera Alianza, el libro de la Sabiduría: *Cuando el Señor venga a visitarlos*, los que han muerto *se alzarán como una llama*, encontrarán *la paz y la inmortalidad*.*

Es que los cristianos sabemos que hay una conexión profunda entre la Navidad -la "visita" del Señor-- y la vida de cada cristiano; entre la Navidad y la muerte corporal, que no es sino una puerta hacia la vida para siempre. Jesucristo nació para anunciar el Evangelio del amor de Dios y se entregó a la muerte para que pudiéramos superar nuestra condición mortal. Lo recordaba san Pablo: *el último enemigo destituido será la muerte*. La mentira, la injusticia, la enemistad, el desamor, el mal, serán destituidos de su poder sobre los seres humanos. Y, finalmente, también *la muerte*. Y *gracias a Cristo todos vivirán*. La Navidad, pues, apunta hacia la vida para siempre porque es el nacimiento del Salvador, lo único que nos puede liberar de la fragilidad y de la muerte. Así lo vive cada año la Iglesia. Admirada de la maravillosa creación del ser humano y de su dignidad, y aún de la más admirable restauración de esta dignidad humana por medio de Jesucristo y de su Misterio Pascual (cf. Oración colecta del día de Navidad), pide que se haga realidad en cada uno "el intercambio admirable"; es decir, la participación "de la divinidad" de aquél que "se ha querido hacer hombre y ha nacido de una virgen, compartiendo nuestra humanidad" (cf. Vísperas octava de Navidad).

Este "intercambio admirable" se va haciendo a lo largo de la vida por medio de la configuración gradual con Cristo. Pero llega a su punto culminante y definitivo después de la muerte, cuando *Dios sea todo en todos*, tal como decía san Pablo. Por eso, reunidos para celebrar la eucaristía en el fallecimiento de nuestro P. Alcuí, rogamos con confianza, para que él que, con el bautismo, la profesión monástica y la ordenación presbiteral, se fue configurando con Jesucristo y en su vivencia se fue trabajando espiritualmente, ahora, después de participar de los sufrimientos del Cristo con la fidelidad diaria y con la enfermedad y la muerte, le sea concedida la plena configuración con el Cristo glorioso. Este proceso de identificación con Jesucristo en él no era solamente una teoría bonita; procuraba enmendarse de sus defectos y de sus fallos. En el plan que, siguiendo su costumbre anual, se había hecho para la cuaresma pasada, se propuso una mayor fidelidad a Dios y se trabajó más para no ceder a pequeñas infidelidades. Desde hacía unos años tenía una enfermedad seria que sin embargo no le impedía hacer una vida prácticamente normal. "Vivo con alegría; no me preocupa la enfermedad -me decía hace un par de años-. Espero la luz final; y querría que, si viniera el sufrimiento, no me hiciera perder esta actitud". No ha tenido sufrimientos físicos intensos, pero sí que iba quedando limitado y con más achaques; hace dos meses me comentaba: "Cada vez hay un progreso en la dificultad de caminar, pero lo acepto". Además, no pudiendo dedicarse a ningún trabajo, decía que quería "adelantar lo que se hace en el cielo: alabar y agradecer".

Era el fruto de una larga vida de fe y de monje. P. Alcuí Serras i Corminas había nacido en Mataró el año 1924; en el bautismo recibió el nombre de Pedro. Después de las primeras letras y el bachillerato, en 1942 entró en el Seminario diocesano de

Barcelona, estuvo hasta 1945 que entró en nuestro monasterio. Profesó en 1947 y recibió la ordenación presbiteral en 1951. Acabados los estudios teológicos en Montserrat, fue enviado a estudiar archivística al École de Chartres, de París. De vuelta al monasterio, trabajó en el archivo; entre otras tareas, fue director de la imprenta, subprefecto y profesor de la Escolanía, subprior del monasterio y durante bastantes años mayordomo, como tal tuvo que afrontar algunas cuestiones difíciles. El año 1983 fue destinado al Miracle; fue director de la Casa de Espiritualidad y por un cierto tiempo superior. Volvió a Montserrat después de 15 años de estar en aquella comunidad; aquí tuvo diversas ocupaciones. Pero el 2001 volvió a ser destinado al Miracle y nuevamente fue responsable de la Casa de Espiritualidad; creó, también un taller de encuadernación. A causa de su salud delicada, se reintegró en Montserrat hace casi un año.

Procuró vivir siempre con fidelidad la plegaria y en la "lectio divina". Ejerció el ministerio de confesor en los monasterios de benedictinos de San Daniel, San Benet i Puiggraciós. Era hombre de consejo tanto para monjes como para otra gente, fiel en el ejercicio de lo que le era encomendado, leal hacia los superiores, discreto, nunca hablaba mal de nadie, acogedor en el trato, paciente, sereno ante las dificultades.

Sus hermanos monjes y sus familiares y amigos nos hemos reunido entorno al altar del Señor y de los restos del P. Alcuí con la serenidad y con la confianza que nos vienen de saber que el Misterio de la muerte está ligado al Misterio de Navidad. No es que seamos insensibles a la pérdida de una persona amada con la cual no podremos convivir más en esta tierra. Sino que sabemos que *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna* (Jn 3, 16). El P. Alcuí lo creía con sinceridad y se maravillaba: "me impresiona pensar -decía una vez- que el Creador inmenso del Universo se ha hecho hermano nuestro; tan grande y tan próximo"; y se maravillaba, también, de la cruz: "aunque me cuesta entender, veo la cruz de Jesús como la prueba máxima del amor".

Ahora en la eucaristía, el misterio de la cruz de Jesucristo -ya preconizado en el pesebre- se hace solidaridad, comunión, con nuestro luto; se hace llamada a la esperanza; fortaleza para que continuemos testimoniando la victoria del Cristo sobre el mal y la muerte; se hace alimento de vida eterna.